

ACTUAR O SEGUIR ESPERANDO

Subyace, en la discusión que protagonizaron las comunidades en aquellos días, un interesante debate interior: el saber que la solución al problema sólo se puede encontrar desde la organización de todos, pero al mismo tiempo el seguir exigiendo salidas al gobierno, en el espíritu paternalista que hemos vivido hasta estos días.

El problema de la violencia, lo sabemos todos, es por demás complejo, y corresponde sobre todo al Estado el tomar medidas para detenerlo. Sin embargo, a la comunidad organizada le toca encontrar los canales que permitan exigirle al Estado que cumpla con su papel, al sugerirle caminos, prioridades y estilos en los que esta acción contra la delincuencia pueda centrarse. La comunidad también tiene la responsabilidad de conseguir otras vías para mejorar la situación en su propio entorno. Vale decir, no basta con pedir que se detenga la violencia, porque se trata de un problema en el cual todos tenemos alguna cuota de responsabilidad, por pequeña que sea. De ello están conscientes todas las comunidades que participaron en esta experiencia.

La discusión fue enriquecedora e interesante, porque demostró que —al igual que el Estado— la mayoría de las comunidades no saben cómo enfrentar el problema, pero sí saben que deben organizarse y hacer algo cuanto antes. Algunas ya iniciaron un camino, pero la mayoría —como lo demuestra el cuadro resumen, en la casilla de experiencias concretas— todavía no han hecho nada, o han hecho muy poco, aunque la realidad de la violencia las esté atropellando. Otra cosa que se observa es que las comunidades abordan el problema con verdadero conocimiento del asunto, por lo que las propuestas que formulan son de verdad importantes y no deberían de pasar por debajo de la mesa, al ser recogidas por los gobernantes.

Muchas de ellas plantean soluciones que están por ejecutarse, en las cuales el Estado es protagonista. Hay menor número de propuestas en las cuales la comunidad es la ejecutora de las soluciones. Sin embargo, como ya dijimos, la reflexión acerca de la necesidad de organizarse, participar más, unirse, fue casi permanente en todas las reuniones, y en algunas fue verdaderamente profunda, como el caso de Petare, que abordó el miedo a actuar y la paralización que produce la violencia. De hecho, la discusión fue, en muchos de los casos, una especie de

revisión interior a propósito de la necesidad urgente que tienen las comunidades de organizarse más efectivamente.

Las propuestas que se hacen al Estado podríamos clasificarlas en tres categorías, las de tipo **paternalista**; las de tipo **estructural**, que requieren una transformación profunda de la sociedad; y las **concretas**, que responden a necesidades inmediatas, relacionadas con el incremento de la violencia.

SOLUCIONES PARA TODOS

Las soluciones que llamamos “**paternalistas**” —y no por ello las calificamos de inapropiadas— como la construcción de canchas, entrega de recursos financieros a las comunidades, colocación de monitores deportivos o culturales, más empleo, entre otras, han demostrado que no resuelven el problema, porque son siempre ejecutadas por el Estado, de manera aislada y puntual, casi siempre en tiempos cercanos a las elecciones. Sin organización ni participación comunitaria, las canchas deportivas se convierten en lugar para la distribución de droga, los monitores deportivos o culturales sólo funcionan si son personas con suficiente mística y ganas de trabajar, o los incrementos de sueldo vía decreto se reducen a nada gracias a la inflación. Se trata de peticiones a las cuales las comunidades se han acostumbrado, y que forman parte de la cultura de esta democracia. Podrían funcionar estas soluciones si se acompañan de una acción comunitaria, y si no se realizan de manera aislada o por salir del paso.

Otras propuestas al Estado son más de tipo **estructural**, a ejecutarse sólo con una profunda transformación del sistema, como el eliminar la corrupción, mejorar las políticas sociales, eliminar el asistencialismo, hacer cumplir las leyes, sanear el sistema judicial, mejorar el sistema educativo, iniciar un proceso educativo en nuevos valores que abarque desde la dirigencia al común de los venezolanos, entre otras. Son propuestas interesantes, y sin las cuales, el problema de la violencia no puede ser eliminado, porque parten de terminar con situaciones de injusticia que existen y que son la raíz de la violencia. Pero las comunidades, al proponer este tipo de soluciones, deben plantearse también el modo de conseguir estas transformaciones. Cómo presionar para que esto sea posible, o cómo ir logrando transformaciones a nivel local.

Aliana González

Por último, están las alternativas que llamamos "concretas", como eliminar ventas clandestinas de licor, transformar las policías, crear un Plan Nacional contra la Violencia, cambiar el estilo de los operativos policiales, recoger el armamento en los barrios, dictar cursos de educación en el trabajo, crear "Escuelas para Padres", etc. Se trata de soluciones prácticas y necesarias que el gobierno debería tomar en cuenta al diseñar cualquier plan a corto o mediano plazo, porque son formuladas desde adentro, por personas que tienen un profundo conocimiento del problema ya que lo viven todos los días.

SOLUCIONES DESDE LAS COMUNIDADES

Aunque en menor número, también hay un conjunto importante de propuestas a ser ejecutadas por las comunidades, para atenuar el problema del incremento de la violencia, las cuales podemos clasificarlas en **preventivas o educativas**; y **coercitivas o de enfrentamiento**. Muchas comunidades plantearon que estas soluciones deben intentarse en conjunto, entre el Estado y la sociedad, lo cual es totalmente cierto. Nada hacen las comunidades actuando en solitario, sin la acción del Estado, con un problema tan difícil y complejo, como lo es la violencia.

La mayoría de las propuestas a ejecutar por las comunidades son del primer tipo, preventivas o educativas, y se encuentran, entre ellas, la formación de grupos juveniles, la creación de equipos de especialistas que trabajen con jóvenes delincuentes o drogadictos, el rescate de espacios como plazas y parques con actos culturales, religiosos o eventos deportivos, dictar talleres acerca de la violencia, trabajar la autoestima de la comunidad e intentar el rescate de los valores, dictar cursos de orientación familiar y talleres de educación en el trabajo, entre otros. Todas son propuestas que perfectamente se pueden llevar a cabo y que, con la participación de un número importante de personas, pueden atenuar el problema de la violencia. Observamos algunas interesantes, como el tratar a los malandros como a seres humanos, ayudarlos a buscar trabajo y acompañarlos en un proceso de reinserción, porque están dirigidas en una dirección opuesta a la que ofrece la violencia: se trata de alternativas que buscan la vía de la conciliación y el diálogo, que intentan la paz por el mismo camino de la paz, y seguramente, pueden tener éxito.

Otras soluciones, a las que llamamos coercitivas o de enfrentamiento, implican la actitud contraria: la de responder a la violencia en su mismo lenguaje, o en el mejor de los casos, resolver el problema de manera individual colocando rejas y alarmas. Se trata de salidas que consideramos de alto

riesgo, porque pueden desembocar en resultados no siempre deseables. Por fortuna, las comunidades propusieron pocas de estas alternativas, aunque aquellas que fueron formuladas deben ser revisadas cuidadosamente. Así encontramos el colocar rejas a las escaleras de los barrios o alcabalas en las urbanizaciones, que ya sabemos son — como afirmó El Cafetal — sólo una ilusión de seguridad, porque de la reja para afuera, la calle termina por pertenecer a los delincuentes, y lo que hacen este tipo de medidas, en los que la comunidad se repliega a espacios más seguros, es otorgarle a la violencia mayor número de lugares.

También se propusieron salidas como la pena de muerte y la creación de brigadas de seguridad en los barrios. De hecho, se destacó la experiencia existente en los bloques 29 y 30 (Catia I), donde grupos de vecinos capturaron y amenazaron a delincuentes, con aparente éxito. Se conversó también sobre organizaciones policiales que tienen por objetivo el eliminar a jefes de bandas. Tales propuestas son en extremo peligrosas, porque como ya ha ocurrido en otros países, estas brigadas vecinales y grupos policiales que enfrentan la violencia al margen de la Ley, pueden convertirse en los temibles grupos paramilitares o brigadas de la muerte, que toman decisiones subjetivamente y con sus propios métodos, a propósito de la vida de las personas. La misma pena de muerte, objeto de tanto debate a finales del 94, también es una salida peligrosa, porque como ya se ha demostrado en países donde existe, no acaba con el problema de la violencia. Por el contrario, responde con el mismo lenguaje del delincuente, lo cual no es posible en una sociedad civilizada.

Estas medidas de enfrentamiento directo a la violencia, estamos convencidos, sólo pueden ser abordadas por el Estado, y resulta en extremo peligroso el que la sociedad decida enfrentar o defenderse de los delincuentes. Es un camino a una guerra civil con muy difícil final, y muchas víctimas inocentes. La enorme cantidad de personas que están armadas — y los resultados que ello provoca —, así lo demuestra.

EXPERIENCIAS CONCRETAS

Aunque son pocas, bien vale un comentario. Destaca la experiencia de Catia II, lugar donde existe un Comité de Lucha contra la Delincuencia, formado por 25 grupos preocupados por mejorar de vida de las comunidades donde habitan. Este Comité elaboró un Anteproyecto de Seguridad Social, con el objetivo de presentarles a las diversas instituciones del Estado venezolano algunas líneas y prioridades, que esperan sean tomadas en cuenta en las políticas de seguridad social. Indican además que el problema de la inseguridad ciudadana es un pro-

blema de organización del Estado, y que va más allá de la inseguridad que produce la violencia. Se trata de que todos los individuos, desde que nacen hasta que mueren, deben gozar de los derechos y privilegios que posee sólo por ser personas. Afirmaron además que, para redactar este anteproyecto, pasaron seis meses de trabajo, tiempo en el cual los distintos grupos hicieron un análisis de campo en torno a mesas de trabajo. Quizás por esta particular situación, la reunión, a la que se llamó Catia II, dedicó la mayoría de sus propuestas al área de salud, familia y educación, ya que entienden que el problema de la violencia debe resolverse, sobre todo, de manera preventiva.

Por su parte El Cafetal, manifestó como una traba la falta de espacios para la participación de la comunidad en la toma de decisiones por parte de las autoridades. Relataron incluso el fracaso de un proyecto en el cual la Asociación de Vecinos intentó, en conjunto con la Policía Municipal, el colocar radios en los edificios, con un coordinador que filtraría las demandas del edificio y se comunicaría directamente con la policía. Pero la experiencia no fue llevada a cabo por la apatía que han generado en la comunidad experiencias anteriores con la policía, sin resultados. Por ello parte de la demanda es "integrar los proyectos de las autoridades con las necesidades y propuestas de la comunidad", y muchas de las propuestas que ofrecen tienen que ver con la organización de la comunidad. Cursos de formación, talleres para el trabajo, y catequesis, son otras de las experiencias concretas realizadas por otros grupos, y reflejadas en los dos cuadros.

El caso de Coche, que sostuvo reuniones previas al evento para preparar las propuestas que tratarían como comunidad, resulta interesante por la carga democrática que tiene esta estrategia de trabajo. El 30 de septiembre se encontraron por sectores, elaboraron un papel de trabajo, y finalmente el 1 de octubre sostuvieron la reunión central. "Necesitamos organizarnos para poder conseguir muchas cosas", son algunos planteamientos recurrentes de aquel encuentro. También encontramos expresiones como "necesitamos formación, orientación y educación".

Lo cierto es que este conjunto de soluciones propuestas por las comunidades deben ser revisadas con detenimiento y atención, porque existen muchas interesantes y necesarias. Probablemente hacia el interior de las comunidades, quedó la inquietud de organizarse con mayor efectividad, como se lee en muchas de las propuestas. Al fin y al cabo, este evento sólo intenta ser un paso más, por tratar de hacer a la ciudad más armoniosa y menos violenta. Encontrar cómo hacerlo, e intentarlo, es tarea de todos. ■